

RESPECTO A LA CRUZ

G. G. C.

Afortunadamente todavía en España se sigue hablando de Semana Santa. No sabemos aún por cuánto tiempo, porque mucho nos tememos que, al socaire de la oleada laicista que nos invade, surja en cualquier momento algún velador de la ciudadanía agnóstica, no practicante, etcétera, con la cantinela de que hay que despojar de connotaciones religiosas a una semana que, después de todo, tiene siete días como las demás. Dirán que un Estado aconfesional no puede sancionar los privilegios de una determinada comunidad religiosa. Y los más atrevidos tal vez evoquen aquella infausta frase de que «España ha dejado de ser católica».

Diremos, ya desde ahora, que España no ha dejado de ser católica, ni musulmana, ni agnóstica. Las naciones no son sujeto de creencias. Ahora bien, la mayoría de los españoles no son tan volubles, fatuos y taravainas que hayan cambiado de la noche a la mañana el símbolo de la cruz por un tatuaje zen.

Creo que esta mayoría de católicos tiene derecho a ser respetada. (La Constitución va más allá.) Y el respeto incluye, por supuesto, el miramiento a todos los símbolos de la religión católica. El máspreciado, el más sagrado, es la cruz. Lo que fue, en la época de los romanos, un signo de oprobio, se ha convertido en señal de salvación, porque en ella redimió Cristo a todo género humano. El que no quiera ser redimido no



tiene derecho a befarse de quienes han optado por seguir a Cristo.

Los cristianos sabemos que el camino de la cruz es estrecho, arduo, casi impracticable; de ahí que tantas veces —la carne es flaca— busquemos atajos que, en vez de llevarnos al Gólgota, nos alejan más de él. Esto no obsta para que desde el fondo del corazón sintamos la tensión y hasta la violencia para desandar lo andado y reanudar el camino que conduce al Calvario. La fe vivida no resulta ni fácil ni cómoda. Todos los que inician una carrera, incluso la de obstáculos, se han impuesto a sí mismos la obligación de llegar a la